

ATKA REID y HANA SCHOFIELD

Adiós Sarajevo

Una historia de valentía,
amor y supervivencia



RIALP

ADIÓS SARAJEVO

ATKA REID

y HANA SCHOFIELD

EDICIONES RIALP, S.A.MADRID

Título original: *Goodbye Sarajevo*.

A true story of courage, love and survival.

By Hana Schofield and Atka Reid

Primera edición publicada en el Reino Unido por Bloomsbury Publishing PLC

© 2012 by HANA SCHOFIELD and ATKA REID, 2011

Mapa de JOHN GILKES

© 2012 de la versión española, realizada por CRISTINA SÁNCHEZ, by EDICIONES RIALP, S.A. Alcalá 290. 28027 Madrid

(www.rialp.com)

Fotografía de cubierta: © Doreen Salcher - Fotolia.com

Realización de ePub: produccioneditorial.com

ISBN:

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso pre-vio y por escrito de los titulares del Copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro está dedicado a Andrew y James.

*En recuerdo de la abuela, Mayka, Nako, Zoran, Azra y Bill,
y de todas las víctimas de la guerra.*



ÍNDICE

Portada

Portada Interior

Créditos

Dedicatoria

Mapa

Introducción

La despedida

El viaje en autobús

La llamada de teléfono

En Zagreb

Los tíos

Un hotel de refugiados en el mar

Escaleras

Los barracones

La entrevista

Encuentros inesperados

Encuentros

La amabilidad de unos extraños

La localizadora

La visita

Idas y venidas

Andrew

Lejos

Un halo de esperanza

Bill y Rose

La llegada

Epílogo

Agradecimientos

En 1991, Eslovenia y Croacia proclamaron su independencia de Yugoslavia. Tras diez días de conflicto, Eslovenia consiguió salir bien parada. Sin embargo, los serbios que vivían en Croacia se resistieron a la independencia. Con la ayuda del Ejército Popular Yugoslavo¹, dominado por serbios y fuertemente armado, los serbios invadieron algunas partes de Croacia e introdujeron en el diccionario el término «limpieza étnica». Croacia seguía en guerra cuando, en abril de 1992, después de un referéndum nacional, Bosnia Herzegovina proclamó también su independencia de Yugoslavia. Los serbobosnios atacaron a sus compatriotas musulmanes y croatas, invadiendo amplias franjas del país con la ayuda del Ejército Popular Yugoslavo. Armados con artillería pesada y con tanques, los serbios y el Ejército Popular rodearon Sarajevo, la capital de Bosnia, y pusieron así en marcha uno de los conflictos más prolongados y sangrientos de la historia moderna.

1 También conocido como JNA (del serbocroata «Jugoslovenska Narodna armija»).

LA DESPEDIDA

ATKA

En un aparcamiento, escondido entre un edificio y las ramas de algunos árboles altos, había un grupo de hombres, mujeres y niños que se agolpaban y se abrían paso a empujones frente a un viejo autobús. Los fuertes gemidos, los lloros y los gritos, mezclados con el sonido distante y metálico de pistolas y fuego de mortero me recordaban a algunas escenas que había visto en las películas de guerra antiguas. Era una mañana de mayo de 1992, y los serbios llevaban desde principios de abril atacando Sarajevo con un fuego implacable. Habían tomado el control de las colinas que rodeaban la ciudad, y esta estaba ahora tomada casi por completo por los tanques y la artillería pesada. Invasión por el pánico y con la protección de las Naciones Unidas, la gente estaba cogiendo los últimos autobuses para salir de la ciudad, confusa e incrédula. Huían en busca de seguridad, con la esperanza de que el sentido común prevaleciera pronto y de que entonces la paz se restaurara. Todos queríamos que esa locura acabara pronto para así poder volver a nuestra vida normal.

Noté una mano diminuta que me agarraba del jersey y, al agacharme, vi a mi hermana Hana, de doce años, devolviéndome impotente la mirada con sus grandes ojos azules empapados en lágrimas. Todo había pasado tan rápido que apenas había habido tiempo para pensar. Estaba enviando a mis dos hermanas pequeñas, Hana y Nadia, lejos del miedo que estaba invadiendo la ciudad. No tenía ni idea de cuál iba a ser su destino, y tampoco sabía qué podría pasarnos a todos aquellos que nos quedábamos. En medio de la confusión, lo único que veía claro era que tenía una responsabilidad hacia mis hermanas.

Hana lloraba mientras me decía que no quería ir y que no quería dejarme allí. Se me rompía el corazón y me daban ganas de gritar, pero sabía que eso podría asustarla todavía más. La miré a los ojos e intenté que mi voz adquiriera un tono tranquilizador: «Escúchame: no va a pasaros nada», le dije, y después le di un beso en la mano.

«¿Por qué nos vamos solo Nadia y yo?», susurró.

«Hana, no hay bastante espacio en el autobús para toda la familia. Esta mañana tuvimos que decidir rápidamente si queríamos coger las últimas dos plazas de este autobús o no. Tú y Nadia sois suficientemente mayores como para ir solas». Le sequé las lágrimas y estreché entre mis brazos sus hombros huesudos. Los tirantes de su mochila se hundían en su jersey azul oscuro de cachemir. Yo tenía veintiún años y era la mayor de diez hermanos, y, entre todos ellos, Hana y yo éramos las más parecidas; nuestro entusiasmo por aprender y una personalidad similar suplía los nueve años de diferencia entre ambas.

«Ya verás como vuelves pronto —mi voz temblaba, pero intenté que sonara tranquilizadora—

. Escucha, Hana: una vez que estés en el autobús no habrá ningún problema. Seguro que Nadia y tú encontraréis a alguno de los amigos de papá y os ayudarán a poneros en contacto con mamá. Si oís disparos durante el viaje, agachad la cabeza, ¿está claro? —Hana asintió obediente, con la cara helada de miedo—. Quizá tengáis que permanecer un tiempo fuera de aquí, incluso dos o tres semanas. Seguramente va a ser duro, pero pase lo que pase recuerda lo mucho que te quiero. Prométeme que vas a ser valiente». Le sonreí y me devolvió la sonrisa entre lágrimas, con sus hoyuelos en las mejillas, y yo la abracé aún más fuerte.

Entonces, el motor del autobús se puso en marcha y se abrió la puerta. Junto a ella, un hombre que estaba de pie fuera empezó a decir apresuradamente nombres de una lista que tenía

en la mano. Me empezó a temblar todo el cuerpo, miré de nuevo a Hana y la abracé con fuerza.

Con un nudo en la garganta le dije que la echaría de menos, y entonces oí cómo Nadia nos llamaba de entre la multitud: «¡Atka, Hana! Ya han dicho nuestros nombres, tenemos que irnos». Nadia tenía solo quince años, y con su pelo corto y oscuro, sus vaqueros y sus deportivas, parecía un chico. Ya nos habíamos despedido, así que levanté el brazo todo lo que pude y me despedí con la mano. Ella estaba llorando pero también me dijo adiós, me tiró un beso y subió al autobús. Después, como si alguien hubiera pulsado el botón de silencio, todo el ruido que había a mi alrededor se desvaneció y me oí a mí misma diciendo: «Vamos, Hana, mejor que vayas subiendo». Yo iba detrás de ella, empujándola por entre la gente, y ella se dio la vuelta y volvimos a abrazarnos. «Atka, seré valiente si tú me prometes que también lo serás», me dijo con firmeza. «Claro, seré tan valiente como tú», la miré a los ojos y la abracé por última vez. Alguien gritó pidiendo que nos diéramos prisa, porque si nos veían nos dispararían. Yo llevé a Hana a la parte delantera del autobús. Mientras subía, algo se apagaba dentro de mí, y me invadió una terrible sensación de miedo. «¡Ten cuidado y no olvides agachar la cabeza!», gritaba mientras me abría paso entre los gemidos de la gente y caminaba al lado del autobús, sin apartar los ojos de mis hermanas. Vi cómo caminaban hasta la parte de atrás del autobús y se sentaban. Hana aplastó fuerte la cara contra una de las ventanas grandes y vi que decía algo, pero no adiviné qué era. La cara de Nadia, llena de lágrimas, asomaba detrás de la de Hana. Levanté el brazo y

apoyé la mano en la ventana. Hana levantó la suya lentamente como para tocar la mía, con apenas un cristal fino de por medio, y nos miramos en silencio.

El autobús comenzó a avanzar lentamente y yo con él, todavía con la mano levantada y apoyada en la ventana. Aceleró y yo fui alejándome, hasta que ya solo veía dos figuras borrosas por el cristal. Seguí llorando y me despedí con la mano hasta que el autobús llegó al final de la calle y desapareció tras la esquina. Después, todo empezó a darme vueltas, y durante un momento pensé que iba a desplomarme. Alguien me tocó el hombro y me ofreció un cigarrillo, así que respiré hondo y, después de unas cuantas caladas, empecé a calmarme. Me sequé las lágrimas con la manga de la camisa y miré a mi alrededor. Quienes se habían quedado, la mayoría hombres, estaban fumando y hablando entre ellos. «Está bien que puedan salir de aquí —comentaba un hombre mayor—, pero volverán pronto... Seguro que esta basura en la que nos han metido los serbios no durará mucho». «El mundo no va a quedarse parado e ignorar lo que están haciendo. Es algo inhumano, seguro que habrá una intervención militar», dijo otra persona, acompañada de murmullos de asentimiento entre la multitud.

«Es fácil disparar a la ciudad desde ahí arriba, en las colinas, sabiendo que no estamos armados. Ya veréis: cuando intervengan los americanos, todos esos héroes de las colinas van a volverse más pequeños que una semilla de amapola», dijo el hombre mayor, enfadado, y escupió en el suelo. Yo tiré la colilla de mi cigarrillo, respiré hondo y me fui andando a casa, con cuidado de permanecer pegada a uno de los lados de la calle.

Andar por el medio era peligroso y hacía que fuera un objetivo fácil para los francotiradores que estaban en las coli-

nas que rodeaban la ciudad. Me sentía bastante mareada, como si acabara de despertarme de una anestesia.

Mi abuela, dos de mis hermanas y tres hermanos estaban esperándome de pie en la entrada de casa, que era grande y de ladrillo rojo. Las dos chicas, Janna y Selma, tenían el pelo largo y oscuro; ya tenían edad de ir al colegio, así que eran lo bastante mayores como para comprender qué era lo que estaba pasando a su alrededor. La abuela tenía más de setenta años, pero seguía siendo fuerte y activa. Llevaba a Tarik de la mano, que tenía el pelo rubio y los ojos verdes y acababa de cumplir cuatro años. Los gemelos de dos años y medio, Asko y Emir, estaban haciéndose muecas el uno al otro, felices y ajenos a lo que estaba pasando.

«Atka, hemos visto el autobús y le hemos dicho adiós», dijeron en voz baja mis hermanas, abatidas. Entramos al pasillo de la casa y las abracé. La más pequeña de las dos, Selma, dijo:

«La mitad de la familia se ha ido, ahora solo quedamos nosotros». Después agachó la cabeza y,

con sus delgados hombros hacia delante, rompió a llorar: «¿Cuándo van a volver mamá y Lela?», preguntó tartamudeando.

«No lo sé, Selma —respondí mientras la acercaba aún más hacia mí—. Ahora que los serbios han bloqueado las carreteras, nadie puede entrar en la ciudad». A mamá, que había estado trabajando para una organización de ayuda humanitaria, el gobierno bosnio le había enviado a Viena como delegada para recaudar ayuda para el país. Lela, nuestra hermana de dieciséis años, había ido con ella para ayudar. Se habían marchado la primera semana de abril, dos días antes de que los serbios abrieran fuego sobre Sarajevo y bloquearan completamente la ciudad. Lo último

que habíamos sabido de mamá era que ella y Lela habían estado esperando en Viena a que se reabrieran las carreteras o los aeropuertos.

«¿Van a matarnos los serbios?», preguntó Janna aterrorizada.

«No. No os preocupéis, pequeñas, no va a pasar nada. La abuela y yo cuidaremos de todos vosotros». Entonces me arrodillé y las abracé de nuevo. Ellas se secaron las lágrimas e intentaron esbozar una pequeña sonrisa.

«Mesha va a venir a salvarnos. Es un soldado», afirmó Tarik. Mesha era nuestro hermano de diecinueve años. Hacía un año que le habían llamado a filas en el Ejército Popular Yugoslavo para hacer el servicio militar, que era obligatorio para todos los hombres mayores de dieciocho años. En ese momento, Yugoslavia estaba unida y en paz, y le enviaron a Montenegro. Sin embargo, desde entonces los serbios habían tomado el mando del Ejército Popular y habían atacado Eslovenia, Croacia y, más recientemente, Bosnia, así que ahora Mesha estaba atrapado en el lado del enemigo. La última vez que nos llamó por teléfono había sido a principios de mes, justo un día antes de que bombardearan el edificio principal de Correos, lo que ocasionó que la centralita no funcionara y se cayeran la mayoría de las líneas de teléfono de la ciudad.

Nos dijo que quería huir de las barracas del Ejército Popular y volver a casa, pero desde entonces no habíamos vuelto a tener noticias suyas. Era de locos pensar que el ejército del que estábamos tan orgullosos era precisamente el que ahora nos atacaba.

«Ay, nuestro querido Mesha —dijo la abuela dándome un golpecito en el hombro—. Venga, voy a preparar algo de

café». Fuimos al salón, donde estaba papá poniéndose los zapatos.

«¿Hana y Nadia han podido salir sin problemas?», preguntó mientras se restregaba los ojos, marrones y de aspecto apagado.

«Sí, papá, acaban de irse», contesté abatida.

«Al menos hemos conseguido meter a dos en el autobús. Tienen el teléfono de mamá en Viena, si es que sigue allí. Además, le he dado a Hana una lista larga de todos mis amigos y contactos en Croacia. Estoy seguro de que podrán quedarse con alguien durante unos días, hasta que vuelvan. Los enfrentamientos no durarán mucho tiempo», dijo, y se puso de pie para estirarse la camisa y la chaqueta. Era alto, como sus dos hermanos. «Mejor que me dé prisa en ir a ver a Mayka. Probablemente tenga que volver a pasar allí la noche». Mayka era su madre.

Tenía más de ochenta años y vivía sola. Llevaba diez años viuda y, como el resto de nosotros, tenía pánico a los disparos. Normalmente, caminar hasta su casa desde la nuestra llevaba unos veinte minutos, pero, desde que empezaron los enfrentamientos, el camino se había vuelto muy peligroso. Nunca sabíamos cuánto tiempo nos iba a llevar o incluso si lo conseguiríamos. Los niños dieron un beso a papá y él se marchó.

Yo me senté en el sofá, me tapé la cara con las manos y cerré los ojos durante un momento.

Pensé en lo maravilloso que sería poder acurrucarse, irse a la cama y olvidarse de todo. Sin embargo, una vocecilla a mi lado me sacó de mis pensamientos: «Atka, ¿puedes hacernos tortitas?». Era Emir. Los gemelos habían nacido prematuramente y seguían siendo frágiles y delicados. Yo no

estaba de humor, pero cuando le vi mirarme con sus grandes ojos marrones y

decir con voz dulce «por favor, Atka», no me pude resistir y accedí. Sus ojos se iluminaron y empezó a saltar de alegría en medio de la habitación, gritando: «¡Tortitas! ¡Tortitas!». El resto de los niños se unieron a él y todos empezaron a saltar. Llevábamos días comiendo tortitas secas y me sorprendía ver cómo, para ellos, aquello seguía siendo una novedad. Al ver su alegría me invadió una sensación de esperanza y no pude evitar sonreír.

EL VIAJE EN AUTOBÚS

HANA

Subimos al autobús y nos hicieron sentarnos en la parte de atrás. Yo empecé a abrirme camino, llorando, y me senté junto a la ventana del lado donde estaba Atka. Cuando vi que no podía abrirla me puse a llorar aún más. «Atka, Atka», decía entre sollozos. De lo mucho que podía decirse, eso era lo único que se me ocurría. Quería decirle cuánto la quería y que ella era mi mejor amiga. Atka se acercó más al autobús y, con las mejillas llenas de lágrimas, levantó la mano como para tocarme, y yo puse la mía contra el cristal. El autobús empezó a moverse y permanecí con la mano fija en el cristal de la ventana hasta que giramos la calle y dejé de ver a mi hermana. Sabía lo mucho que me quería y que tenía que guardar mi promesa de ser valiente.

El autobús estaba en completo silencio, con todos los pasajeros demasiado aturdidos como para hablar. «¡Arrodíllalos todos y permaneced en silencio! —gritó el copiloto, y así hicimos—.

No dejéis que os vean por las ventanas, es más seguro».

El hueco entre mi asiento y el de delante era lo bastante ancho como para poder meterme dentro. Me senté allí, helada, durante unos minutos. Estaba demasiado asustada como para hacer nada, y Nadia, que me agarraba con fuerza la mano, parecía estar tan aterrorizada como yo. Pasó un rato hasta que pude reunir el valor suficiente para levantar la cabeza y mirar hacia la parte delantera del autobús. Como estaba tan cerca del suelo, no alcanzaba a ver muy lejos, pero divisé la coleta de una niña en la fila que había frente a la mía y me di cuenta de que era mi amiga, que vivía en la puerta de al lado de mi casa. Estaba tum-